

Queda, pues, en claro que la supraperspectiva cervantina ha mimesiado la granditud de un macrocosmos en el que trajinan numerosos agonistas sobre un vasto espacio, en una magnitud de tiempo, con grandiosidad de movimiento, para dimensionar una complejidad de temas que a la postre configuran esa universalidad de la significación.

Siga, pues, quijoteando esta epopeya por las latitudes de hoy, en las que, a pesar de los avances de las ciencias, lo humano sigue siendo tinglado de sombras y luces, en busca del ideal. La biogenética no ha encontrado todavía el antídoto contra la maldad. La tecnocracia no ha eliminado aún los desequilibrios sociológicos. Es necesario que políticos, empresarios, científicos, adalides de todo estamento, se vistan con la coraza de la bondad y empuñen la lanza del altruísmo para quijotear por estas veredas de la desigualdad, la ignorancia y la barbarie. Es hoy más que nunca justipreciada la miseria moral y económica de los pueblos, es necesaria la incursión de lo quijotil en el amasijo social. Y por fortuna no se ha renunciado todavía a ser mejores.

Sigue brillando sobre el horizonte la estrella de la paz y difundién-dose el mensaje del amor. Solo amorizando el planeta la humanidad se habrá centrado en su avance hacia adelante y hacia arriba.

ÓSCAR GERARDO RAMOS

Cali.

## APORTACIONES COLOMBIANAS Y ESPAÑOLAS A LA CULTURA UNIVERSAL\*

Al iniciar sus memorias, *Vivir para contarlo*, escribía Gabriel García Márquez:

Yo acababa de abandonar la Facultad de derecho al cabo de seis semestres dedicados por completo a leer y recitar de memoria la poesía irrepetible del Siglo de Oro Español.

Por su parte Álvaro Mutis, al recibir el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, consignaba lo siguiente:

Pero lo que sí puedo afirmar es que don Gonzalo de Berceo, Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega, Góngora, Bécquer y don Antonio Machado formarán parte siempre de esta parca legión que me ayuda a vivir cada día.

---

\* Ponencia presentada por el Embajador de Colombia en Grecia, Juan Gustavo Cobo Borda, al Seminario Colombia-España, que se celebró en Madrid los días 30 y 31 de marzo de 1998.

Elocuente coincidencia que nos lleva a reconocer en la poesía el primero y más singular de los aportes de España a la cultura universal. Aquí mencionaría, con la emoción del más alto reconocimiento, a San Juan de la Cruz y a Fray Luis de León, a Santa Teresa, juntos en la estremecida cumbre.

Allí donde la cascada verbal tiembla y se adelgaza en ese sutil estremecimiento en el cual la razón, que compone y ordena, recibe el toque de una gracia que nos supera y nos obliga a pensar en una trascendencia. A partir del barro humano y su titubeante lenguaje, una música que más allá de la lengua, trasciende el lenguaje. Qué melodía, entonces, la que nos hiere y nos reconforta con su demoledora certeza:

Traspasa el aire todo  
Hasta llegar a la más alta esfera,  
Y oye allí otro modo  
De no perecedera  
Música, que es de todas la primera.

Este concierto se amplía y enriquece con otros músicos igualmente notables. Églogas de Garcilaso, la enamorada gracia de Lope, el ardido fuego de don Francisco Quevedo en una continuidad que refluye fructífera sobre las costas americanas: trátase de Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico, Luis Cernuda en México o Rafael Alberti en la Argentina, promoviendo y ampliando entre todos juntos, como unidad diversa, el esplendor de la lengua.

Esa lengua que en Colombia usamos, queremos y defendemos como nuestra definición mejor. La gravitación de cuyo peso, en la acumulada memoria de más de 1000 años nos sitúa de alguna forma en el mundo. Nos lleva a mirar la realidad y transformarla bajo la misma consigna de darlo todo por la libertad, incluso la vida misma, tal como lo pidió Don Miguel de Cervantes, quien también solicitó al Rey, en conocido memorial, obtener plaza de “contador de galeras” en Cartagena de Indias. Esa ciudad única donde su heredero natural Gabriel García Márquez cifra la clave enamorada de su última novela, *Del Amor y otros demonios*, en los versos de Garcilaso: «Por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero».

Y el simbólico *Aleph* en el que se resuelve uno de sus *Doce cuentos peregrinos* en un soneto de Gerardo Diego, *Insomnio*, aquel que empieza:

Tú y tu desnudo sueño. No lo sabes.  
Duermes. No. No lo sabes. Yo en desvelo,  
Y tú, inocente, duermes bajo el cielo.  
Tú por tu sueño y por el mar las naves.

La porosidad fecunda del mestizaje volviendo propio lo ajeno. Conservando la dura piedra de las incomparables fortificaciones militares como el sólido trasfondo arquitectónico que envuelve y custodia en esa Cartagena de Indias el vuelo creativo de una imaginación desbordante.

Las naves del idioma han ido así de España a América y han vuelto cargadas de suculentos frutos. Allí están el *Nocturno* de José Asunción Silva, admirado y reconocido por Unamuno, Díez Canedo, Villaespesa y Gabriel y Galán y allí están los 8 tomos del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana* donde Rufino José Cuervo mostró el uso histórico de la lengua a través de nuestros escritores, de *La Celestina* a Jorge Isaacs, de Garcilaso de la Vega a Juan Rufo.

Quedémonos entonces con la alentadora conclusión del papel protagónico de una lengua cuya irradiación colectiva, cada día mayor, y su incidencia política, en algo más que una comunidad de naciones se mantiene gracias a la fuerza creativa de su carga poética. Hablarla y escribirla es estar vivos. Ser partícipes de un destino. Tener un punto de vista sobre el mundo.

Pero hay otros terrenos donde mis afinidades y simpatías quisieran reconocer, como en las letras, el excelso aporte de España a la cultura universal.

Aquí no más, a pocas cuadras, el Museo del Prado nos certifica cómo no solo de palabras estaba hecho el hombre. Bien pudiéramos decir que en el comienzo era la luz descubriéndonos las formas del mundo.

Evocar esa fulgurante sucesión de ámbitos únicos en su rigor perceptivo, en la impronta inmodificable de su trazo personal, es enunciar uno de los momentos más logrados del afán humano para subsistir más allá de su frágil envoltura. Y ahí están Velásquez, Ribera, Murillo, el Greco, Zurbarán, Goya y Picasso, Juan Gris y Dalí, para demostrarnos cómo en esta continuidad se constituye un paradigma interpretativo.

Y no solo el siglo xvii es el siglo de oro de la pintura: en estos mismos días en Bogotá, en el Museo Nacional, una importante exposición de Joaquín Sorolla nos demuestra ese proseguido afán para que la luz encarne en una presencia cuya única realidad perdurable es el virtuosismo de la forma compuesta y descompuesta en el prisma del color.

En tal Galería, donde reina en primer lugar Diego Velásquez, vemos la historia, en la «Rendición de Breda», la mitología en «Las hilanderas», la monarquía de pie, al galope o de cacería, y vemos también al pueblo mismo, friendo sus huevos o apurando una botija de vino. La realidad, tan fragmentaria y fugaz, se ha vuelto por fin visible. Es tacto, gusto y risa. Es dignidad y orgullo. Es, no sobra decirlo, las cruzadas diagonales que ascienden al cielo por la levitante escalera del Greco como los blancos

nabos con que Sánchez Cotán en sus bodegones nos recuerda nuestra tierra primordial y nos trasmite el goce milagroso de la pintura cuando ya no es posible explicar la evidencia misma.

Es necesario tan solo mirarla para acceder a la limpidez elocuente de un silencio incapaz de mentir. Con los ojos de España el mundo se volvió un arte real y profundo. La realidad se volvió por fin real gracias a la pintura.

Hemos hablado de la palabra y del silencio, del color y la forma. Hablemos ahora del modo como Fernando Botero abandonó también las clases en la Academia de San Fernando para copiar y desmontar, con astucia de antioqueño trotamundos, los secretos plásticos del Prado y desperdigar ahora por museos, parques y avenidas la tersura cromática de esos lienzos y la voluptuosidad de esas esculturas donde la forma adquiere su plenitud más rotunda.

La belleza exuberante con que sus majas de bronce convierten la neutralidad del asfalto en un retozo idílico. Ese metal es de nuevo la naturaleza perdida en el deleite de su salud creativa.

Pero si casi siempre la contemplación es muda hay también otra voz que debe oírse. La del diálogo entre el derecho y la política. Cuando un Rey detiene una conquista para preguntarse si los que combaten tienen alma como la suya. Tal momento singular se entrelaza con la voz razonable y clara de Francisco de Vitoria, desde la misma Salamanca de Fray Luis de León, para revelarnos aquellas verdades que todavía nos confrontan con su exigencia.

El Emperador no es señor del orbe y, aun siéndolo, no por eso podría adueñarse de las tierras de los indios. El Papa no es señor civil o temporal de todo el orbe, en el sentido propio de soberanía y poder, y, aun siéndolo, no podría darlo a los príncipes seculares. El Papa no tiene poder temporal sobre los indios ni sobre los demás fieles. No se les puede hacer la guerra por el hecho de ser infieles, ni están obligados a escuchar la predicación de la fe y, por consiguiente, los españoles no los pueden obligar por las armas o la coacción a convertirse al catolicismo. Pero los españoles también tienen derecho a viajar por las tierras de los indios sin causarles daño; a comerciar con ellos, sin que los Reyes puedan prohibirlo; tienen derecho además, a la hospitalidad de los indios, a predicar el Evangelio a los pueblos bárbaros. Los indios y sus príncipes pueden elegir libremente al Rey de España por soberano y señor.

Tales las revolucionarias tesis de 1538, cuya vigencia en el tiempo, más allá de la coyuntura específica de la Conquista de las Indias, tienen validez universal y pueden darnos el bien más esquivo y que requiere de nuestra permanente vigilancia. «El respeto al derecho ajeno es la paz».

Esta lección magistral que retoma el ámbito democrático de los comuneros de Castilla, los fueros aragoneses y el papel central del municipio en la vida de la colectividad, es otra señal valiosa que España envía al mundo.

En este repaso de aportes, no quisiera poner solo el énfasis en las lecciones del pasado. Quizás su gravitación benéfica deba medirse en su incidencia positiva en el presente.

Tal el caso, por ejemplo de las 6.000 láminas de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada donde, bajo la dirección de José Celestino Mutis, el sacerdote-científico gaditano, los mestizos analfabetos y los criollos ilustrados unieron esfuerzos, en esa periferia del mundo, para establecer el censo más admirable, técnica y estéticamente, de una riqueza natural que hoy todavía nos asombra con sus vivos colores y utilidad médica. Ya esos pioneros intuían lo que ni siquiera hoy visualizamos a cabalidad con las cifras:

Colombia posee 50.000 plantas superiores, 380 especies de mamíferos, 550 de reptiles, 2.000 de peces de agua dulce, un millar por lo menos en la Orinoquia; 1.721 especies de aves, el porcentaje más alto del mundo, 407 de anfibios, y, finalmente en la región del Chocó Pacífico 260 especies de árboles, con diámetro superior a 2.5 mts.

Lo que Carlos III y el reformismo ilustrado promovía con estas expediciones era el comienzo de una cultura global, que medía el mundo palmo a palmo e informaba sobre él y los seres que lo pueblan en una interdependencia que requería de parte y parte para subsistir. Esa cultura de la interdependencia es la que debemos cultivar, al mirar juntos hacia la equidad y el diálogo.

Donde el intercambio de productos —recordemos los célebres que la conmemoración de los 500 años puso de relieve: papa, maíz, tabaco y tomate— que provenientes de América transformaron la vida europea, como caballos, gallinas y cerdos modificaron el entorno americano, y apuntemos hacia lo que está más allá de la base material y hoy nadie niega como referencia insoslayable: la cultura como elemento constitutivo central. Espacio civilizatorio, donde raza, idioma y religión deben trascender guerras y fronteras para crear terrenos de convivencia.

El ensayista inglés Edward-Lucie Smith en su libro *Arte Latinoamericano del siglo xx* (1994) ha escrito lo siguiente:

Debido a que las estructuras políticas no han conseguido sostener un sentido de identidad nacional, los públicos latinoamericanos se han vuelto constantemente hacia la literatura y las artes visuales para descubrir las verdades auténticas acerca de sí mismos. Verdades que habrían buscado en vano en otra parte (pág. 7).

Esas verdades apuntan, en el caso colombiano, hacia una sociedad plural y una cultura híbrida donde las raíces son múltiples —indio, español, negro— y las opciones diversas y donde las expresiones particulares no se convierten en una identidad fija sino que reafirman la democrática y plural peculiaridad individual en el gran marco de una sociedad que contiene muchas sociedades: primitiva, arcaica, rural, urbana, religiosa y secular, pre-moderna y postmoderna a la vez.

Pero es dentro de esa mezcla, fusión y caldo de cultivo donde surgen las obras típicamente colombianas. Uno de los más valiosos arquitectos colombianos contemporáneos, Rogelio Salmona, ha logrado conjugar concepciones indígenas con reminiscencias moriscas en edificaciones como el Archivo Nacional, el Museo Quimbaya, la Casa Presidencial en Cartagena, o la Casa de García Márquez en la misma ciudad. Pero ha acertado gracias al rigor de su talento, tan inconfundible. El agua que sale en los patios de la Alhambra prosigue su camino en los patios de piedra coralina de Cartagena.

Por eso bien vale la pena citar lo que el ensayista palestino EDWARD W. SAID en su trabajo *Cultura, identidad, historia* ha dicho:

Todas las culturas son híbridas ninguna es pura; ninguna se identifica por completo con un pueblo puro. Es más en la constitución de todas las culturas han intervenido buenas dosis de inventiva y fantasía —mitos si así se prefiere— que sirven para crear y recrear las diversas imágenes que una cultura tiene de sí misma.

Por ello es tan necesario el mirar de un ojo ajeno. No me extraña encontrar, en un libro de AZORÍN, *El oasis de los clásicos* (1952), un escrito fechado en 1951 y titulado *Los tres grandes*, donde habla de Cervantes, de Lope, de Quevedo y de la América que aparece en sus obras.

*El celoso extremeño*, de Cervantes, “El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón”, donde Lope resume la actitud en dos palabras: «Fe y Codicia» y Quevedo en «Juguetes de Niñez», para concluir Azorín, en estos términos:

Los tres grandes, con tales actitudes frente a América, han trabajado por América. No han formado el idioma que estaba ya formado; lo han depurado, afirmado, acendrado. El idioma es el lazo infrangible que nos une a españoles y americanos; el idioma es la trabazón más fuerte de la nacionalidad. Se puede tener —ante América— una actitud inadecuada, errónea, y al mismo tiempo, por el adueñamiento del idioma, por la maestría en el idioma, contribuir poderosamente a una obra fecunda de fraternización y este es el caso de los tres grandes (pág. 59).

Si el español tiene fecha precisa de nacimiento: el 13 de junio del 964 en San Millán de la Cogolla, en la Rioja, él prosigue su curso renovándose en el diálogo con América. Por ello conviene revisar las miradas que nos

constituyen, como con tanto acierto lo ha señalado aquí Fernando Rodríguez Lafuente. Aquellas que proponemos o aquellas a las cuales nos ajustamos, impuestas desde fuera.

Queremos ser 'fuertes', exóticos, diferentes. O buscamos una normalidad neutra.

¿Dejamos atrás el realismo mágico y nos atenemos simplemente a un razonable realismo? Si con ello evitamos la violencia y obtenemos la paz, la elección no admite ya duda alguna.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA.

### CUERVO Y LOS CUERVOS

Personas cuyos nombres de familia son a la vez designaciones de seres u objetos concretos o de conceptos abstractos tienen que contar con las bromas y alusiones más o menos logrados y desagradables sobre su apellido. No cabe duda de que Don Rufino Cuervo y sus familiares debían habituarse a estos juegos desde su niñez, siendo grande la tentación de amigos o enemigos ante un apellido que se presta o parece prestarse tan excelentemente a confirmar o contradecir el proverbio latino según el cual *nomen est omen*.

Como tenía contacto con varias culturas y con hombres que hablaban o manejaban diferentes lenguas, don Rufino estaba enterado él mismo de por lo menos algunas de las características buenas o malas que se atribuyen al cuervo, un pájaro conocido mundialmente, sea por su existencia real, sea por su aparición en leyendas y obras literarias; y estaba expuesto al riesgo de que uno u otro de tal clase de atributos se aplicara a su persona por diversos motivos. Estas asociaciones podían ser de gran variedad debido a que se han imputado al cuervo una serie de características diferentes de las cuales vamos a enumerar brevemente algunas:

Debido a su color, graznido y descaro, se teme generalmente en la creencia de la mayoría de los pueblos que el cuervo anuncia desgracias, muerte y guerra.

Los antiguos griegos, sin embargo, se imaginaron cuervos blancos como acompañantes de Apolo, el dios del vaticinio. Además fue el ave santa de Helios, el dios del sol. En latín, *corvus* significó 'graznidor', pero entre los romanos el cuervo fue el pájaro santo, tanto de buen como de mal augurio. En la Biblia también los cuervos aparecen con atributos opuestos: fueron destinados para nutrir a Elías en su fuga, pero por otro lado se calificaron como impuros y se consideraron como padres crueles que no se ocupaban de sus crías. En la Iglesia cristiana simbolizan a los infieles y a los apóstatas.